



SEPTIEMBRE - 2026 - N°206

Adoradores

**Revista de espiritualidad,
información y promoción Eucarística.**



Crucificados con Él:

No olvidemos que la Misa es la oblación del Sacrificio del Cuerpo, no sólo físico, sino místico, de Jesucristo. Pag 10 y 11



Adorar a Jesús Sacramentado:

Hay personas que desconocen qué deben hacer cuando está expuesto o participan en Misa. Algunas ideas. Pag 16 y 17



Los niños y la Eucaristía:

La corta vida de una niña italiana, que desde los cuatro años, pedía confesarse y hacer la Primera Comunión. Pag 20 y 21

ñStaff:

Director: pbro. lic. Mauro Carlorosi co, Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



“El mundo invisible”

“Los ángeles del cielo ven sin cesar el rostro de mi Padre” (Mt 18,10).

No hay ningún cristiano que por muy humilde que sea que no tenga un ángel para servirle, si vive por la fe y el amor. Aunque ellos sean tan excelsos, gloriosos, puros, tan maravillosos que su sola vista nos hace postrar en tierra, como le sucedió al profeta Daniel (10,9), con todo ellos son nuestros servidores y nuestros compañeros de trabajo. Ellos velan sobre nosotros; nos defienden hasta al más humilde de entre nosotros, si nosotros estamos enraizados en Cristo.

Ellos son parte de nuestro mundo invisible, en alguna ocasión se manifiestan como al patriarca Jacob (Gn, 28,10s). El pensó que ¡qué era aquella cosa tan maravillosa que le estaba ocurriendo si estaba dormido! Este era un lugar como todos los otros, un sitio solitario e incomodo; ¡y por tanto, que realidad tan distinta! Jacob no conocía más que el mundo visible; no conocía el mundo invisible, y sin embargo el mundo invisible estaba allí. Estaba allí, aunque Jacob no realizó nada para provocar su presencia, la cual solo se revela sobrenaturalmente. El tiene la revelación en un sueño: “una escalinata apoyada en la tierra, y lo alto tocaba el cielo; los ángeles de Dios subían y bajaban por la escalinata; y el Señor estaba en la cumbre.”

He aquí que existe otro mundo: la gente habla como si no existiera nada más después de la muerte. No,



existe ya ahora, aunque nosotros no lo veamos: está entre nosotros, en torno nuestro. Así se le mostró a Jacob; los ángeles estaban a su alrededor, allí mismo sin saberlo él. Lo que Jacob vio en sueños, otros también lo han visto... y entendido como los pastores de noche buena. Estos espíritus bienaventurados alaban a Dios día y noche, y nosotros, desde nuestro estado, también los podemos imitar.

*Beato John Henry Newman/
Adaptación*



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del

altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.



Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible, pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la

vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos,

a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante

el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.



Frutos del injerto

“La gloria de Dios y la unión con Él, en definitiva, no tienen más enemigos ni obstáculos que nuestras pasiones desordenadas”.

Por medio y en virtud del injerto mío en el Sacrificio augusto, siempre que ofrezco una Misa, la mando aplicar o participo en ella en estado de gracia, la Majestad de Dios recibe de esta criatura de polvo, la misma, ¡fíjense bien!, la misma gloria que le dan la propiciación, la alabanza, la gratitud y la oración de su Hijo inmolado, Cabeza, Alma y Vida del Cuerpo de que soy miembro.

Por el sacerdote

Por eso el sacerdote, después de la consagración, elevando simultáneamente el cáliz de la Sangre y la Hostia santa, puede decir en nombre de toda la Iglesia, que es su Cuerpo místico, ante el cielo, la tierra y los abismos, a la Trinidad augusta: Por medio de Él, con Él y en Él, tienes, Padre Omnipotente, en unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria.

Más glorias que ofensas

¡Qué gozo siente mi alma! Por muy ofendido, despreciado, blasfemado e injustamente tratado que sea Dios por parte de muchos hombres, mi Madre la Iglesia y cada uno de los que tenemos la dicha de pertenecer a su cuerpo y a su alma, podemos dar a Dios infinitamente más gloria que

ofensas puede recibir de los pecados de los hombres.

¡Hay Misas en la tierra!

¿Nos explicamos por qué hay sol en los días, y luna en las noches, y lluvias en tiempo oportuno, y alegría, y poder, y virtud en la tierra, y comunicación de Dios con los hijos de los hombres? Porque ¡hay Misas en la tierra! Y en todos los minutos del día y de la noche se está repitiendo el por Él, con Él y en Él... todo honor y toda gloria.

La gloria de Dios

Meditemos y saboreemos ese inefable derecho, ese altísimo poder que nos confiere la Misa de cumplir con toda perfección el grande y único deber de nuestra vida, la sola razón de nuestra existencia y la sola ocupación de todas nuestras facultades: la gloria de Dios.

Lo demás por añadidura

¿No es verdad que se suele buscar en la Misa más bien lo nuestro, la solución del negocillo, el remedio de la enfermedad o del apuro, etc., que lo de Dios? No, hermanos. En las Misas dejen lo suyo para la añadidura, que Él no dejará de darles. Llenen sus almas de esta sola idea y de este solo senti-



miento: ¡voy a dar o he dado a Dios en esta Misa toda su gloria, con tal de hacer mía esa Misa!

Una deuda a pagar

¿Qué satisfacción de deber cumplido y de deuda pagada puede compararse a la de pagar a Dios como Él se merece? ¿Tiene la ascética ciencia, arte o vida, recuerdo, medio o secreto más poderoso que la Misa para producir en las almas gloria de Dios?

Más santa, más gloria

Porque, oigámoslo bien: mientras más santidad posea la Iglesia, principal oferente visible del Sacrificio, y, por tanto, mientras más santos sean los que la forman, más intensa, agradable y acepta será la gloria que por cada Misa suba de la tierra al cielo. ¡A mejor injerto, mejor fruto!

Ascética y mística

El ejercicio o práctica de las virtudes es el medio que utiliza la ascética cristiana para llevar a las almas a que den mayor gloria a Dios y obtengan la unión con Él. Ésa es su característica, que la distingue de la mística, que obtiene el mismo fin, aunque en grado de cantidad y calidad más elevado, por el ejercicio de los dones del Espíritu Santo.

Enemigos de la gloria

La gloria de Dios y la unión con Él, en definitiva, no tienen más enemigos ni



“...mientras más santidad posea la Iglesia, [...] más intensa, agradable y acepta será la gloria que por cada Misa suba de la tierra al cielo. ¡A mejor injerto, mejor fruto!”.

obstáculos que nuestras pasiones desordenadas, nuestro egoísmo con su familia de soberbia, lujuria, avaricia, etc., que son los saltadores de esa gloria y unión.

Arte y ciencia de la ascética

La dominación de ese egoísmo y de su turbulenta familia por medio de las virtudes opuestas, con el auxilio de la gracia de Dios, ése es el arte, y la ciencia, y la vida de la ascética. ¡El vencimiento habitual de sí mismo! ¡Morirse a todo afecto desordenado!

(San Manuel González. *Obras Completas. Escritos Eucarísticos. Tomo 1*)



Crucificados con Él

Vivamos la Santa Misa de tal modo que seamos uno con Jesús en su ofrecimiento al Padre.

La Misa abrevia, facilita y obtiene, cual ningún otro remedio ascético, la muerte a sí mismo. No olvidemos que la Misa es la oblación del Sacrificio del Cuerpo, no sólo físico, sino místico, de Jesucristo. Por estar en gracia somos miembros vivos del Cuerpo místico de Jesucristo y por celebrar o participar en la Misa, somos ofrecidos en sacrificio con Él. Cada Misa nos pone en condiciones de sacrificados. En tanto ofrecemos y somos ofrecidos en sacrificio con Jesucristo, en cuanto vivimos y morimos con Él.

Muero cada día

Por nuestra unión e incorporación a Jesús sacrificado en la santa Misa, realizamos al pie de la letra en nosotros el muero cada día, de san Pablo.

Andar en cruz

¡Qué pena que no conozcan estas consoladoras enseñanzas los que comulgan con frecuencia y todos los días o los más de ellos participan en la santa Misa! ¡Cuánto les importaría saber que la postura y el ademán de un cristiano en gracia de Dios después de su Misa es quedarse y andar en cruz!... Es decir, con sus brazos tan abiertos y ampliamente extendidos como los brazos de su Jesús en cruz. Con el corazón tan al descubier-

to como el de su Jesús en la Cruz. Con el desapego de la tierra y elevación sobre ella, de su Jesús suspendido de los clavos de su Cruz y enrojecidos rostro, pecho, manos, pies y cruz con la sangre propia y con el fuego del mayor y mejor amor...

El acto central

Si el Sacrificio eucarístico es el acto central del culto y del dogma católicos, la clave del arco de la liturgia y de la fe, también lo es de la moral y ascética católicas.

La perfección ascética

Si unidos e incorporados por la gracia a Jesucristo en cruz, hacemos el acto supremo de culto y de alabanza y de fe, unidos en cruz a Él realizamos la

perfección ascética. Si la perfección de la ley está en la caridad y la perfección de ésta es el Sacrificio, sacrificándonos cada día con Jesús sacrificado, realizamos el acto mayor y mejor de amor a Dios y de odio a muerte a su mayor enemigo, que es el egoísmo.

Abandono de la ascética

Y ahora pregunto: ¿Ven, entienden, sienten así su Misa muchos de los que a ella asisten?

“...sacrificándonos cada día con Jesús sacrificado, realizamos el acto mayor y mejor de amor a Dios...”



“Si el Sacrificio eucarístico es el acto central del culto y del dogma católicos, la clave del arco de la liturgia y de la fe, también lo es de la moral y ascética católicas”. Foto de un puente con “clave de arco”.

Nada digo de quienes, aun queriendo no faltar al precepto de la Misa en días festivos, asisten de forma tan provocativa a ellas, por las inmodestias de la moda, y con un aire de aburrimiento y de curiosidad profanadora no pocos, que dan a entender bien a las claras que ni las unas ni los otros van a la Misa a ponerse en cruz con el Jesús de ella, ni salen con ganas de llevar la cruz de su Misa ni a sus ocupaciones ni a sus diversiones. ¡Pobrecillos! ¡Lo que desperdician!

Unirse a Jesús

Y mirando a los que frecuentan más el templo y se complacen en asistir a Misas, cuando los veo tan afanados en buscar en qué ocupar o entretener el tiempo de su Misa, me temo que también desperdicien o malogren los tesoros de santificación de la Misa a que devotamente asisten. ¡Qué!, ¿no les vendría mejor que leer oraciones rutinariamente, dedicar el tiempo de su Misa a avivar el estado de gracia de su alma, por un acto lo más ferviente que pudieran de contrición, para unirse lo más íntimamente posible a Jesús sacerdote y víctima, y con Él ofrecer y ofrecerse en sacrificio latréutico, eucarístico, expiatorio e impetratorio a la mayor gloria del Padre celestial, al amor de nuestros prójimos y odio de nuestros egoísmos y de nuestros pecados?

¡Vaya si con pensar y saborear esto y de ahí sacar resoluciones prácticas, hay para ocupar la media hora de nuestra Misa y todas las horas de la vida!

(San Manuel González. *Obras Completas. Escritos Eucarísticos. Tomo 1*)



Comunión delicada

Cuántas veces es maltratado Jesús al ser recibido de manera indigna en la Eucaristía.

Lo que quiero no es espantar ni re-traer. Lo que quiero es que se comulgue más y mejor y se sienta más delicadamente acompañado el Jesús de nuestra Comunión.

Causas de indelicadeza

Dos causas encuentro de abandono de estas delicadezas para con Él:

Por exceso: el de los asustadizos y desconfiados, por mirar la Comunión como premio de los que son justos. Este miedo quita Comuniones e impide y ahoga no pocos frutos de las que se reciben.

“La Comunión tiende por su propia virtud, [...] a unir, por asimilación, a cada hombre con Cristo...”.

Por defecto: el de los desaprensivos, con distintos matices, desde los mercaderes sacrílegos que la toman como mercadería con la que se compra dinero, buena apariencia, etc., hasta los rutinarios que promiscuan sin remordimiento ni escozores de conciencia su vida y actos mundanos, sus modas y diversiones atrevidas, si no malignas,

con la recepción diaria o frecuente de la sagrada Comunión.

Un estómago limpio

El justo término: La Comunión es comida que pide de nuestra parte espiritual estómago limpio (estado de gracia) y un poquito de hambre (recta y piadosa intención).

El dogma de la Comunión

¡Cuánto habría que lamentar y que declarar sobre ese poco reparado abandono de la teología de la Comunión! Creo, sin embargo, que lo mucho, aunque nunca suficiente, que tengo escrito sobre este tema, me releva de extenderme sobre él. Una reflexión tan sólo, que descubra algo ese abandono y despierte ganas de conocerlo a fondo para repararlo con energía. Y esa reflexión me la dará hecha la respuesta a esta pregunta:

Fin de la Comunión

¿Para qué quiso y dispuso Jesús que se comulgara?



“La Comunión es comida que pide de nuestra parte espiritual estómago limpio (estado de gracia) y un poquito de hambre (recta y piadosa intención)”.



ADORADORES

¿Para regalar sólo, o adornar las almas santas, como se regala un dulce al niño bueno? ¿Para facilitar al alma adquirir esta o aquella virtud, o subir a las privilegiadas a un grado superior de fervor?... ¿Para recibir Él más de cerca sus adoraciones? ¿Para ser el huésped benéfico de nuestra casa, el compañero de nuestra peregrinación?...

Verdadera comida

Más que para eso, Jesús quiere ser comulgado para un fin mucho más necesario y absoluto. Ese fin señalado y revelado con estas palabras: “Mi carne es verdadera comida...”. ¡Qué cuadro de maravillas de cielo y de misterios inefables se presenta ahora!

Transformar en Cristo

Ya tenemos el velo levantado y la luz encendida para entrar en ese laboratorio del alma que acaba de comulgar.

Inmediatamente, el fin es alimentar la vida sobrenatural del hombre todo con su Carne viva, y mediatamente y de modo gradual y lento, asimilar y transformar al hombre todo en todo Él.

Virtud de unión

La Comunión tiende por su propia virtud, y llega, si no se le pone obstáculo voluntario por el hombre, a unir, por asimilación, a cada hombre con Cristo, dándole a vivir la misma vida suya, no sólo de hombre, sino de Dios.

Hermanos de Cristo

En unión tan íntima y en semejanza de vida tal como la de un hermano con su hermano, como la de un miembro de un cuerpo con otro miembro del mismo, de tal modo que toda Comunión, por propia virtud y por la intención de su divino Autor, no deja de obrar e influir hasta hacer de cada comulgante un hijo verdadero de Dios. Hermano perfecto de Jesús. Miembro vivo y rebosante de salud de su Cuerpo. Participante y heredero de todos sus bienes y méritos. En una palabra: otro Jesús.

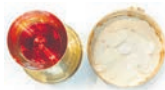
Modo de la comida sacramental

He dicho antes que nuestro Señor se ha complacido en hacer todas sus obras a modo de siembra. Él se ha reservado hacer por sí mismo lo que únicamente no podía comunicar: la creación de la vida de la semilla. Pero el desarrollo, el crecimiento, la lucha, la fecundidad de ésta, se ha dignado hacerlas a medias con las causas segundas.

Hombre-Dios

La Comunión, más que una siembra, es una manducación, digestión y asimilación de Jesús vivo, por el hombre. ¿Para qué? Sin duda para preparar gradualmente y obtener de cosecha en su día, muchos hombres-Jesús, y tal como hoy es y está Jesús en el cielo. Esto es, como Hombre-Dios sacrificado y glorioso. O más breve, como Hostia gloriosa del cielo.

(San Manuel González. Obras Completas. Escritos Eucarísticos. Tomo 1)



Sentencia de amor

**Jesús en su prisión, nos llama a la reparación
de la innmerecida y despreciada ternura de su corazón.**

Jesús: Hijo, todo en mi palma ha puesto mi Padre Eterno. Yo soy el que al Fin del Mundo punto por punto a los hombres todos juzgaré: ¡ni pensamiento vano, ni deseo desordenado, ni palabra ociosa, escapan a mi censura! Sin embargo, ahora Me alojo Prisionero en esta Cárcel del Amor: encarcelado esperando sentencia. Los hombres pueden formarse sus juicios acerca de Mí, y darme, antes del día de mi justicia, sus sentencias. Tú puedes hacer otro tanto, hijo. ¿Cuál sentencia Me das?

Vivir contigo

Oh Jesús, rectísimo Juez de mi conciencia, patente ante Ti está mi corazón, el cual qué sentencia pueda darte, bien lo sabes. ¿Acaso la de tu ingrato pueblo que Te juzgó reo de crucifixión? ¡Nunca! ¿La de Pilatos? ¡Jamás! ¿La sentencia del alejamiento temeroso, del olvido, de la separación de Ti? ¡Ni pensarlo! ¿Pues cuál es mi sentencia? La que perfectamente mereces, Señor: mi acercamiento constante a Ti en orden a qué hora tras hora tus bondades no cesen de abastecer mi memoria y avivar mi brasero amativo. ¿Qué es lo que por mí preso Te tiene, oh Jesús, sino el Amor? ¿Y qué, sino el que Te tengo yo también, es lo que ante Ti me ha traído? ¿Cuál es el pedido

del Amor y el don del amador sino la sentencia de amor? Ahora, Jesús, mi sentencia es entregarte, en afecto y en efecto, amor eterno, total, substancial y exclusivo, sentencia la cual ansío sellar desagraviándote, a mi medida, de cuantos juicios humanos ofensivos recibes en el tabernáculo.

Ultrajes al Prisionero

Jesús- ¡Ofensivos y variados, querido amigo! ¡Si veré abusos y ultrajes desde esta mi Cárcel del Amor! Desde mi sagrario distingo varias almas que no Me hacen feliz:

Indiferencia

Veó el alma de quien pasa delante de Mí indiferente y sin fe explícita y viva en mi encarcelamiento amoroso por él.

Ni siquiera un saludo

Veó el alma de quien ronda curioso por mi casa contemplando hechuras de mano humana, ojeando por doquier, sin darme saludo.

Falta de respeto

Veó el alma, muy multiplicada, de quien, creyéndose mi amador y llamándose mi seguidor, entra en mi



ADORADORES

“...¿Pues cuál es mi sentencia? La que perfectamente mereces, Señor: mi acercamiento constante a Ti en orden a qué hora tras hora tus bondades no cesen de abastecer mi memoria y avivar mi brasero amativo...”.



Casa a saludarme sin nada parecido a respeto, como quien quisiera renovarme las ignominias que recibí en el pretorio de Pilatos.

Ofensa total

Veo el alma de quien viene a visitarme, pero Me toca en lo vivo, ofendiéndome con postura, mirada, palabra y pensamiento.

Comulgante sacrílego

Veo por último el alma del comulgante sacrílego... ¿Qué te diré de él? ¡Soy Yo a quien junta, anidándolo en su pecho, con el primer opugnador de mi causa! ¡Vaya degradación para Mí, hijo! ¡Vaya ultraje! ¡Vaya martirio para mi corazón!

Pena de amor

¡Ay, mi querido Jesús! El cúmulo de ofensas y oprobios que recibes en el sagrario del Amor, ¡qué pena me da! ¡Cuán vivo, si imposible, es mi deseo de sublimar todo mi ser a un amor que, por puro y grande, me capacite a expiar

y resarcir todos esos desprecios! ¡Cuán grato sería para mi poder desangrarme todo en desagravio de la irreverencia y el desamor de tantos a quienes tus gracias debieran arrancar ardor seráfico!

Reparemos al Señor

En reparación de tamaña ingratitud y de la adicional cantidad y calaña de desprecios que en el sagrario recibe tu Persona divina, y por mi falta de oportunidad de darte más, admita tu dignación piadosa, oh Jesús, mi pobre corazón apenado. Señor, ten piedad de tantos ciegos... dales la Luz de que dependen para conocer tu amor y rendirte el suyo... recuerda, oh Salvador misericordísimo, cuánto por buscarlas, encontrarlas y redimirlas Te agotaste, Te desangraste, Te deshiciste... y no olvides que es de puro amor a ellos que estás encarcelado ahí mismo. Cristo, haz valer tus encantos sobrenaturales para atraparlos y traértelos... perdónalos, porque discernir sus propios actos no es un bien de que puedan preciarse.

(Mons. Luis Vella. *Diálogos Eucarísticos*. Adaptación)



Cómo adorar correctamente a Jesús Sacramentado

Tratándose de Dios, no hay mejor postura de adoración que ponerse de rodillas.

Entrar a una iglesia significa tener un encuentro personal con el Señor, y si nos dirigimos al sagrario, estaremos frente a frente con Jesús Sacramentado, a quien vamos a adorar por ser Dios. Sin embargo, hay personas que desconocen qué deben hacer cuando está expuesto o participan en Misa, por eso, exponemos algunas maneras efectivas de adorarlo correctamente.

Ponte de rodillas

Tratándose de Dios, no hay mejor postura de adoración que ponerse de rodillas. Esto significa que nos entregamos por completo al Señor, a quien reconocemos como nuestro Rey y Salvador, el Creador de todo lo que existe.

Por eso, ya sea en el momento de la consagración - cuando el sacerdote elevará el pan y el vino para que se conviertan en el cuerpo y la sangre de Cristo - o cuando está expuesto el Santísimo, debemos estar arrodillados.

La única excepción será para los enfermos y personas de edad muy avanzada.

Guarda silencio

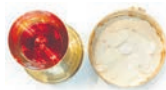
De igual modo, entrar a una iglesia significa que pasaremos un tiempo

en oración con el Señor Jesús. Si vamos acompañados, cada persona debe dirigir sus palabras a Dios, evitando entablar conversaciones que mas bien pueden desarrollarse frente a una taza de café.

Además, por respeto a las demás personas, hay que mantenernos en silencio. No puede haber recogimiento interior si estamos escuchando pláticas ajenas al lugar en el que estamos.

Adoremos al Señor en silencio y dejemos que sus palabras penetren en nuestro corazón.





ADORADORES



Adoremos al Señor en silencio y dejemos
que sus palabras penetren en nuestro corazón.

Haz una reverencia

Durante la santa Misa, lo ideal es mantenernos en nuestro lugar y participar en todo. Pero, si por algún motivo tenemos que atravesar frente al altar, deberemos hacer una reverencia por respeto al sacrificio del Señor que se está realizando ahí.

De igual manera, cuando no haya Misa se hace reverencia, pero si en el fondo está el sagrario, debemos hacer una genuflexión, es decir, poner la rodilla derecha sobre el piso, sosteniendo el cuerpo con la izquierda - o al revés, si se trata de una persona zurda -.

Recordemos que Jesús está presente y merece esas muestras de respeto.

Comulga sin pecado mortal

La máxima forma de mostrar adoración al Señor Sacramentado se la daremos al momento de comulgar. No solamente por nuestra actitud externa, sino, sobre todo, con nuestra disposición interior porque nos uniremos a Él en el sublime acto de consumir su cuerpo y su sangre. Por eso, no te acerques a comulgar si tienes conciencia de pecado mortal. Evítalo y busca con prontitud la confesión. Hasta entonces, puedes hacer una comunión espiritual.

Recuerda que no hay nadie más grande que Dios, por eso, practica la adoración a Jesús sacramentado en todo momento que puedas, cuando vayas a la iglesia. (Fuente: Aleteia/Adaptación)



Mis ojos y mi corazón estarán ahí todos los días

Pudiera, Señor mío, bastarte estar en el Sacramento sólo de día, cuando tuvieses en Tu presencia adoradores que te acompañasen; mas ¿de qué os sirve permanecer ahí también por la noche, en la cual los hombres cierran las iglesias y se retiran a sus casas dejándote enteramente solo?

Pero ya te entiendo; el amor te hizo prisionero nuestro; el amor apasionado que nos tienes, te unió a este mundo, de tal suerte, que ni de noche ni de día te consiente apartarte de nosotros.

¡Ah, Salvador amabilísimo! Sólo esta fineza de amor debiera obligar a todos los hombres a acompañarte siempre en el santo Sagrario, hasta que por fuerza los echasen de allí; y al ausentarse, deberían dejar al pie del altar su corazón y todos sus afectos en obsequio del Dios humanado que permanece solo y oculto en el Tabernáculo, hecho todo ojos para mirarnos y remediar nuestras necesidades, y todo corazón, para amarnos, y esperando el próximo día, en que las almas, sus amadas, vayan a visitarle.

Sí, Jesús mío, contentarte quiero. Te consagro toda mi voluntad y todos mis afectos. ¡Oh, Majestad infinita de mi Dios!, te quedaste en este divino



He aquí cómo Jesús cumple esta su hermosísima promesa en el Sacramento del Altar, donde con nosotros se halla noche y día.

Sacramento, no sólo para estar presente y próximo a nosotros, sino principalmente para comunicarnos a tus almas predilectas.

Mas, Señor, ¿quién se atreverá a acercarse a Tu mesa y alimentarse de Tu cuerpo?... O, más bien, ¿quién podrá alejarse de Vos?... Te ocultas en la Hostia consagrada, para entrar dentro de nosotros. Ardes en deseos de que te recibamos, y gustas de unirte a nosotros.

Ven, pues, Jesús mío, ven; deseo recibirte dentro de mí, para que seas el Dios de mi corazón y de mi voluntad. Cuanto es de mi parte, Redentor mío amabilísimo, ceda a tu amor: satisfacciones, placeres, voluntad propia..., todo te lo sacrifico.

*San Alfonso María de Ligorio/
Adaptación*

Chicos adoradores



Guías espirituales de la devoción a la Eucaristía

¡Hola chicos! nuevamente estamos con ustedes, y esta vez les presentamos algunos santos que se destacaron por su gran devoción eucarística. Ellos, con sus ejemplos y testimonios, nos enseñan a amar más la Eucaristía. Continúa leyendo...

¡Quién lo dijo! Para saber lo que dice cada santo, debes unir con una línea de color el recuadro numerado de cada uno, con el mismo número del recuadro que tiene la frase.

1- San
Francisco
de Asís



3- Santa
Catalina de
Génova



4- San Juan
Pablo II



2- San
Francisco
de Sales



6- San
Alfonso María
de Liguorio



5- San
Juan
Bosco



5- “¿queremos estar contentos y alegres? Amemos con todo el corazón a Jesús Sacramentado”.

3- “El tiempo que paso frente al Sagrario es el tiempo mejor bien empleado de mi vida”.

6- “Qué gran fuerza da a las almas que aman a Jesucristo el visitarlo con frecuencia en el Santísimo Sacramento”.

1- “en este mundo no hay nada del Altísimo que podamos poseer y contemplar con nuestros ojos, excepto su Cuerpo y su Sangre”.

4- “La Eucaristía es el don más grande, porque es el don que Cristo hace de sí mismo.”

2- “Si el mundo te pregunta por qué comulgas con tanta frecuencia, dile que lo haces para aprender a amar a Dios”.

Para hacer en el mes:

Elige dos santos, averigua sobre su vida y coméntalo a tus padres o amigos.



“Ahora soy como el Niño Jesús”

Estas palabras las dijo una niña, Caterina María, luego de su primera comunión. Con sólo 8 años, murió por una enfermedad terminal. ¿Quieres saber quién era? A leer un poco:

Caterina, era la menor de los diez hijos de Francesco y Rosaria, nació el 1 de junio de 2006 en Italia y fue bautizada por el padre Stefano Manelli, uno de los fundadores de los “Franciscanos de la Inmaculada”, congregación a la que pertenecen como religiosas tres hermanas de la niña.

Su Primera Comunión

Cuando la niña tenía sólo cuatro años, ella misma pidió espontáneamente confesarse, y en la Navidad de 2011, a la temprana edad de cinco años y medio y una vez, largamente preparada y habiéndose comprobado su discernimiento sobre el sacramento, recibió la Primera Comunión. Caterina estaba tan contenta que exclamó: “Ahora soy como el Niño Jesús”.

Era visible para los de la familia el avance en la vida espiritual de Caterina, su comportamiento en casa, su esfuerzo en ser una niña buena con sus hermanos y su saber estar en paz con todos en casa.

Intentaba acudir al sacramento de la confesión cada semana, y cada vez que podía iba a misa y recibía a Jesús en la Santa Eucaristía. Durante las vacaciones de verano acudía a la iglesia para la exposición del Santísimo.

Al entrar y ver que el Santísimo estaba expuesto, se postraba en el pasillo como señal de reconocimiento y adoración al

Señor. No le daba vergüenza tumbarse totalmente boca abajo ni le importaba lo que los demás pudieran pensar. Ella sabía que estaba ante el mismo Dios.

¡Prefiero el paraíso!

Sabías que a Caterina le gustaba mucho cantar, lo hacía siempre, con distintas canciones, pero sobre todo, después de haber visto la película sobre la vida de san Felipe Neri, la que se convirtió en su canción preferida fue “Paraíso, paraíso, prefiero el paraíso”. Y no pasaba un solo día sin que cantara esta canción.

Un diagnóstico irreversible

En julio de 2012 comenzó el gran período de cruz para la pequeña, comenzaron los dolores de cabeza que al principio ella misma no daba importancia.



Cuando le preguntabas cómo estaba, ella siempre decía bien con una sonrisa”.



“Prefiero el Paraíso”, era la canción favorita de Caterina María.

Nueve meses después de haber hecho su Primera Comunión, Caterina fue internada en el hospital de Benevento por fuertes dolores de cabeza y el diagnóstico fue fulminante, tenía un tumor cerebral y pocos días de vida.

Ofreció sus padecimientos por el padre Manelli y los Franciscanos de la Inmaculada. “No se quejó nunca (y digo nunca)”, -afirma su familia-, “de su enfermedad. Cuando le preguntabas cómo estaba, ella siempre decía bien con una sonrisa”. Cuando se sentía mejor la llevaban a casa y con las recaídas, volvía a ser internada. Los últimos tiempos días de vida los vivió en casa, rodeada del amor de sus padres y sus hermanos. El 25 de julio de 2014, Caterina entró en coma y, para sorpresa de los médicos que la atendían, volvió a despertarse, recibió a Jesús Eucaristía y le preguntaron: “¿Quieres

el beso de Jesús? ¿Dónde lo quieres?”. Con un gesto respondió: “En el corazón”. Y después de unos minutos, volvió a entrar en coma. Por la noche se despertó del coma, estaba en compañía de su familia y se quedó dormida pacíficamente. En la mañana del día siguiente, su mamá se dio cuenta de que Caterina se estaba muriendo y llamó a toda la familia. Eran las 9,00 del 26 de julio, fiesta de los santos Joaquín y Ana. Mientras su familia estaba alrededor de su lecho cantando, Jesús vino para llevarla consigo. (Fuente: <https://www.hogardelamadre.org/Agencias/Adaptación>)



Con el papa Francisco en una visita al Vaticano.

Después de leer su vida, responde:

- 1) ¿Qué es lo que más te impactó sobre la vida de la niña?
- 2) ¿Qué dijo Caterina cuando hizo su Primera Comunión?
- 3) ¿Qué hacía cuando veía que el Santísimo estaba expuesto?
- 4) ¿De qué santo, aprendió la canción que cantaba diariamente?